

galpón, fué á dejar los bueyes al corral que impreguaba el aire con el acre olor del guano. Un toro encerrado allí, con el hocico levantado, husmeando la proximidad de las vacas, mugía con una voz bronca y suave, como una caricia enviada á través del espacio. Las vacas que rumiaban, echadas en el pastal, respondieron con otros mugidos discordantes.

—Cállate, Obero—esclamó Gregorio al pasar, palmeando cariñosamente su ancho lomo.

Después se bajó los pantalones remangados que dejaban ver los calzoncillos, se puso la chaqueta, echó sobre el hombro la manta doblada y fué en busca de Clorinda.

Se fueron. Se fueron á lo largo de los caminos que empezaba á alumbrar la luna. A los lados, las tierras perfumadas de todos los olores silvestres, se extendían quietas, descansando de la ruda labor del día, con el vientre inflado por la siembra como una augusta madre, la tierra fiel y siempre joven y siempre amante que al llegar la primavera retorna con creces la ofrenda en su riente vegetación de hinchadas espigas rubias. Se fueron los recién unidos, apretaditos el uno al otro, sin hablar palabra.

Daba gusto verlos así. Formaban una linda pareja y de cierto los dos se merecían. Ambos jóvenes, sanos, robustos, habían sentido también llegar el tiempo de las plantaciones y se habían amado cariñosamente, libremente, con el amor puro y santo que despliega sus alas sobre los potreros, los bosques, los soberbios palacios, los ranchos humildes. ¡Con qué ansias esperaban ahora el brote del próximo retoño.

Caminaban sobre una alfombra de hojas secas que crujían bajo sus pies, y algunas que se desprendían revolando de los álamos vinieron á sujetarse en el pelo de la joven